

EL COCHERO

Carlos Muralles inició su relato señalando que en los primeros años del nuevo siglo, Douglas Arauz Palacios llegó a trabajar a su carnicería y chicharronería, ubicada en la colonia El Amparo, zona 7 de la capital. Después, cuando se perdieron algunos objetos en su casa, surgieron problemas entre ambos y terminó despidiéndolo.

A los pocos meses “me enteré de que Douglas Arauz se había involucrado en unos robos y luego fue detenido por la Policía y acusado del secuestro de un ciudadano chino, terminando en la cárcel de Escuintla. Desde ese lugar, Douglas me contactó telefónicamente, pidiendo que lo fuera a visitar, lo cual efectivamente realicé”.

Continuó relatando que un sábado del mes de octubre del 2005, en horas de la mañana, Douglas llegó a su casa, contándole que estaba haciendo uso de un permiso especial. Una vez dentro del domicilio, le confesó que esa misma madrugada se había fugado junto a otros reos y que todos se habían dicho dónde y con quién estarían, para que, si les pasaba algo, supieran quiénes los habían traicionado. “Sus palabras me dieron miedo, era una evidente amenaza”.

Douglas le pidió que lo dejara quedarse unos días en su casa, a lo cual accedió por temor a que atentara contra su familia si no se lo permitía. Luego de un par de días, le sugirió que por seguridad se cambiara a vivir a un inmueble que estaba construyendo en la misma colonia, a sólo tres cuerdas de distancia y donde únicamente se quedaba a dormir un joven albañil que ayudaba en la obra.

“El albañil era un joven hondureño, Adony se llamaba. Tenía tan sólo 18 años de edad, respetuoso y de buen comportamiento, había llegado a Guatemala tres meses antes, junto a dos primos con quienes iba de camino a los Estados Unidos de América, tratando de alcanzar el sueño americano, pero durante su permanencia en la ciudad, conoció a una joven de quien se hizo novio. Sus familiares continuaron rumbo al norte, mientras él se quedó por amor, con la intención de labrarse un futuro y formar una familia en este país. Conocedor de su historia y de sus buenas intenciones, le ofrecí que me ayudara en la construcción de la casa, le pagaba su dinero, me encargaba de su alimentación y le permitía vivir en la misma obra. Era un muchacho ejemplar, lo quería como a un hijo”.

Unas semanas después de haber llegado Douglas Arauz a su casa pidiéndole ayuda, se presentaron en su negocio dos personas vestidas de particular, quienes se identificaron como policías. “Tenían información de que yo mantenía comunicación con Douglas, que por haberse fugado de la cárcel ellos tenían la misión de ubicarlo y recapturarlo, agregando que, si yo lo entregaba, me darían una recompensa de cincuenta mil quetzales que el Ministerio de Gobernación ya había hecho pública. Quise contarles que no sólo hablaba con él, sino que lo mantenía en una propiedad mía y que día a día le proporcionaba alimentación, pero recordé la amenaza que Douglas me había hecho cuando se presentó en mi casa, de que, si lo entregaba o traicionaba, sus compañeros podían tomar represalias contra mi familia. Decidí guardar silencio y no contarles nada, les negué saber de él”.

La rutina diaria de Carlos Muralles consistía en atender el negocio desde las primeras horas del día hasta media tarde, luego regresaba al domicilio y les llevaba comida a Adony y a Douglas, conversaban sobre los trabajos de la casa y regresaba a su vivienda, pero el día 20 de diciembre, en horas de la tarde, realizó un flete con su vehículo a un vecino de la colonia. Al regresar en la noche a su hogar, sus familiares, asustados y

nerviosos, le contaron que varias personas que cubrían sus rostros con gorros pasamontañas y portaban fusiles, habían llegado hasta la casa en construcción y, a la fuerza, se habían llevado a Douglas y a Adony, los subieron en unos vehículos y partieron con rumbo desconocido.

“Esa misma noche, por medio de las noticias de la televisión, me enteré de que Douglas había aparecido muerto en la zona 5 de la capital, que se había enfrentado a las fuerzas de seguridad, disparándoles cuando intentaron detenerlo. Quedé muy alterado por lo ocurrido, era evidente que Douglas no se había enfrentado a la Policía, si apenas horas antes había sido sacado y reducido desde la casa en construcción por un grupo grande de personas armadas; además, él no tenía armas con qué defenderse. Temiendo que quienes asesinaron a Arauz pudieran actuar en contra de mi familia, decidí guardar silencio”.

“Al día siguiente, vecinos concurrieron a mi local de ventas y me contaron que Adony había aparecido muerto en la finca Las Hormigas, ubicada camino al municipio de Palencia. Lo anterior acrecentó mi miedo a que la gente que asesinó a las personas que estaban en mi casa, pudieran hacer algo similar con mi grupo familiar”.